

mo en donde lo he precipitado. ¿El contrato está firmado ya? ¡Ay! ¿Quién había de decirme que otro que maese Jolibois...? Pero no hablemos de esto; yo he perdido hasta el derecho de quejarme. Si está firmado efectivamente, al menos no es de ningun valor hasta despues del matrimonio. Con que dígame V., prosiguió Jolibois con voz vacilante, y dirigiendo á Mr. Levrault una mirada en la cual se revelaba toda la ansiedad de su corazon: ¿se ha concluido todo? ¿ha consumado el destino de su obra? ¿nos hallamos frente á frente con una desgracia irreparable? ¿Estoy condenado yo á arrastrar un remordimiento eterno? Respóndame V., por Dios, y mas que su respuesta haga sobre mí el efecto de un rayo; ¿se celebró ya el matrimonio?

—¿Qué matrimonio? preguntó M. Levrault con el continente de un hombre, que esperando que va á desplomarse sobre él una bóveda, siente tan solo el golpe de una pompa de jabon en las narices.

—¡Bah! respondió Jolibois, no sin alguna sorpresa; el único de que se habla á esta fecha en toda la Bretaña; el de su hija de V. con el vizconde Gaspar de Montflanquin.

Despues de lo que habia pasado el dia anterior, y en la posicion delicada que se hallaba el ex-mercader respecto del vizconde, las últimas palabras de maese Jolibois se parecian tanto á una

burla, que Mr. Levrault creyó por un instante que se mofaba de él; así es que por toda respuesta no hizo más que encogerse de hombros, meterse las manos en los bolsillos de la bata, y ponerse á dar vueltas en torno de la habitacion como un oso mal domesticado.

—¿Conque, segun eso, caballero, el matrimonio no se ha celebrado aún? continuó maese Jolibois: ¿con que la señorita Laura no se halla unida todavía al vizconde de Montflaquin por lazos indisolubles, por un juramento irrevocable?

—¡Eh! ya he dado á entender que no, amigo mio; contestó el ex-mercader: el casamiento no se ha celebrado. Pero.... ¿de dónde diablos viene usted? ¿de dónde sale? ¿quién le ha contado esas majaderías? Vamos, vamos, dejémonos de eso, que no merece la pena de insistir en ello tanto.

—¡Ah! Todavía no están casados!... ¡loado sea Dios! exclamó Jolibois en un trasporte de gozo celestial. ¡Yo os doy gracias, Dios mio, puesto que habeis prestado las piernas de una [corza á la cabagaldura de un pobre notario de provincia! ¡habéisme permitido además llegar bastante á tiempo para salvar á la inocencia, descubrir los proyectos de un malvado, y para que pudiese reparar todo el mal que he hecho! ¡Gracias otra vez, mi Dios y señor, puesto que no os habeis dignado consentir que la virtud sirviese para el triunfo del

vicio! Ellos no están casados y el daño por consiguiente, es remediable todavía.

Y Jolibois, con las manos juntas, y los ojos elevados al cielo, parecía abismado en un religioso éxtasis: Mr. Levrault le contemplaba estupefacto, preguntándose en su interior si aquel diablo de hombre tenía sus cinco sentidos cabales.

—Pero en resumidas cuentas, querido mío, ¿tiene usted la bondad de decirme qué demonios significa todo eso? preguntó al fin Mr. Levrault, rascándose la oreja. Hasta el presente aun no ha dicho V. una palabra, ni una sola, que no sea un enigma para mí. Ha reventado V. su caballo, se ha dejado caer sobre la Trelade como una bomba; y sin embargo, todavía no me ha dicho el por qué. ¿A V. qué le importa que se hayan casado ó no? ¿Qué tiene usted que ver con ese matrimonio para afligirse ó regocijarse con el extremo que ha hecho ambas cosas?

—¡Oh, alma bellísima! ¡Oh, corazón tres veces noble! exclamó maese Jolibois con una emoción tan bien aparentada que M. Levrault, enternecido sin saber por qué, estuvo á punto de deshacerse en llanto; todavía no ha penetrado la desconfianza en su pecho, ni sospecha nada. A pesar de la disposición asombrosa que tiene para los negocios, es cándido en lo demás é ingenuo como un niño! ¡Marcha sonriendo á través de los peligros, y juega tranquilo á la orilla del cráter que se abre para devorarlo!

¡Solamente en la fuente de Aretusa pudieran encontrarse algunos seres privilegiados que se le pareciesen! ¡Esos seres que se mezclan á las ondas tumultuosas del mundo, sin que se empañe el cristal de su alma! Venga V. acá, desgraciado, añadió en seguida, asiendo de improviso el brazo del gran fabricante: ¿no sabe V. lo que es el vizconde de Montflanquin? respóndame V. ¿No lo sabe?

Estas palabras fueron un rayo desprendido de un cielo azul y sereno. Al oír pregunta tan formidable, M. Levrault no pudo menos de palidecer y estremecerse. Anonadado, con la vista estraviada y palpitante como un pájaro entre las uñas de una ave de rapiña, miraba á Jolibois que le apretaba el brazo como si su mano fuera de acero. En aquel supremo instante habia en la mirada y en la actitud de Estéban Jolibois algo de frío, de siniestro y de terrible, que recordaba á Beltran, al misterioso compañero de Roberto el Diablo. Durante algunos segundos hubo ese imponente silencio que precede de ordinario á las situaciones solemnes. Jolibois fué quien lo rompió el primero, exclamando:

—¡Ah! ¿con que no ha salido todavía de mi boca una palabra que no sea para V. un enigma? ¿Con que ignora V. el objeto que me conduce á su presencia? ¿Con que nada ha comprendido V. aun? Pues bien; ahora va V. á saberlo todo.

Y sin más preámbulos, y con voz seca é incisiva, maese Jolibois le contó todo aquello que el lector, más perspicaz que el ex-mercader, habrá ya adivinado largo rato hace. El aprendiz de escribano desabotonó á Gaspar hasta dejarle enteramente desnudo; deshizo la trama que habia ayudado á levantar. Cada una de sus frases era un golpe de maza para las ilusiones del ex-mercader, el cual veia deshacerse al vizconde pieza á pieza y pedazo á pedazo. Montflanquin, en resúmen, pertenecia á la antigua nobleza de Bretaña; pero habia arrastrado sus blasones por el lodo de toda clase de pantanos.

Después de comerse su patrimonio, habia traficado con su nombre, adhiriéndose al trono de julio: pero el rey, la reina, los príncipes y las princesas, no tardaron en volverle la espalda. Abrumado de deudas, sin dinero ni nada equivalente, y siendo de una casa demasiado buena para resignarse al trabajo, vivia en París de la *ruleta y del treinta y cuarenta*, y á espensas de algunas viudas, ninguna de las cuales habia gustado de él para marido. En cuanto á la señorita de Chanteplure, habia pasado tan rápidamente por aquellos contornos, que nadie se acordaba siquiera de haberla visto.

M. Levrault, que se hallaba preparado desde la víspera para tan extrañas confianzas, conocia que á cada palabra de Jolibois iba cayéndosele una tela

de araña de los ojos. De allí á un cuarto de hora ya no habia quedado nada de su antiguo vizconde.

—El muy bellaco, añadió Jolibois, después de terminar el capítulo de culpas del vizconde, habia conseguido engañarme y hacer de mí su cómplice. Esta mañana, ¿qué digo? hace algunas horas no más, creia yo en él casi tan confiadamente como pudiera V. mismo. Tan lejos estaba de sospechar lo que era, que al oír la semana anterior que iba á casarse con la señorita Laura, recibí con el mayor regocijo la noticia. Confieso, no obstante, que no dejé de sorprenderme el que no se me llamara para extender el contrato; porque ha de saber V. que hace bastante tiempo que me halaga la esperanza de llegar á ser el notario de su familia; pero como Jolibois no es egoista, dábame el parabien por este matrimonio, y hasta me regocijaba de haber servido de vínculo intermediario entre la familia de los Levrault y la casa de los Montflanquin; cuando al levantarme del lecho esta mañana, se presentó en mi habitacion un respetable magistrado, el cual venia á contarme todo lo que acabo de referir á V. ¡Maldicion eterna! ¿Comprende V. ahora mi espanto? ¿extraña V. ya que haya reventado mi caballo y caido sobre la Trelade como una bomba? ¿Adivina V. al fin lo que queria darle y entender cuando le dije que se trataba de una cosa referente á mi honor y á su felicidad?

—Preciso es confesar, repuso M. Levrault, que el tal vizconde es el pillastre más descarado que se cobija bajo el cielo; á pesar de todo, puedo asegurar á V., maese Jolibois, que no tenia yo necesidad de eso para conocer el verdadero valor de ese buen alhaja, escasamente le habia visto tres veces, cuando advirtiendo en él cierto no se qué repugnante, dije para mi coleso:—«Este pájaro no es un verdadero noble.»—Así es, maese Jolibois, que jamás hubiera yo consentido en darle mi hija en matrimonio, aunque francamente hablando, estaba muy lejos de presumir que cupiesen en él tanta audacia y perversidad.

—Pues ha de saber V., prosiguió Jolibois moviendo de un lado á otro la cabeza, que tiene á dos pasos de aquí otro castillo de cuyos propietarios le aconsejo también que se guarde, sino quiere caer de Scilla en Caribdis, y libertarse de un abismo para ir á dar en un nido de víboras.

—¿Qué castillo es ese? preguntó el gran fabricante.

—El castillo de la Rochelandier, en el cual debo advertirle que habita cierta marquesa, mucho más peligrosa aún para V. que el vizconde; si ninguna prevención le hice respecto á ella, á su llegada á la Trelade, era porque la suponía ausente del país: repito, empero, que desconfie del castillo de la Rochelandier, porque la marquesa en Bretaña viene

á ser la Juana de Arco de la legitimidad. Usted es una persona influyente, acaudalada, y ocupa en el mundo un rango demasiado elevado para que no procure, por cuantos medios estén á su alcance, conseguir que los millones de V. redunden en provecho de su hija y del partido que defiende.

—¡Demonio! exclamó M. Levrault: ¿es por ventura algun monte de Torozos esta Bretaña, de la cual me habian dicho que era la tierra clásica del honor y de la lealtad?

—¡Qué quiere V., amigo mio! Usted tenia grande empeño en rozarse con la nobleza, y lo ha conseguido completamente; el vizconde de Montflanquin le ha adulado y proseguirá adulándole con el mayor desinterés. Recibe V. en su casa y admítete á su mesa al caballero de Barbanpré, que no comprende cómo pudo vender Esaú su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, pero el cual seria capaz de dar su alma por un paviollo trufado. Lleva V. á paseo en su carruaje al conde de Kerlandec, hidalgo de excelente raza, á quien Gaspar debe quince mil francos, para cuyo reembolso únicamente cuenta aquel con el dote de la señorita Laura, y finalmente, ahora se presenta la marquesa de la Rochelandier, que es más astuta, más ambiciosa y más tramposa con mucho que todos los demás. ¡Ya verá V. cómo todos ellos se abaten y giran en torno de sus riquezas, como las

mariposas en torno de la llama de una bugía! El sueño dorado de V. era entrar en relaciones con la aristocracia, y por Dios que debe estar completamente satisfecho. Cuando me confió sus proyectos y sus esperanzas, creí que debía respetar sus ilusiones, porque conociendo V. tan á fondo mis ideas políticas, temí que sospechara de mi imparcialidad. ¡Ah! si yo me hubiera atrevido á hablar entonces.....

—¿Qué me hubiera V. dicho, maese Jolibois? le preguntó M. Levrault, tocándole ligeramente en el hombro.

—¿Qué? exclamó el notario con vehemencia; hubiérale á V. dicho: M. Levrault, cuando un hombre como V. quiere relacionarse con la nobleza, lejos de elevarse desciende por el contrario; en vez de usurpar, abdica; hubiérale dicho además: ya se acerca el tiempo en que tienen que verificarse los más notables acontecimientos, y á fé que no será apoyándose en el brazo caduco y decrepito de su hermano mayor, como podrá la nueva aristocracia hacer frente á las tempestades que se ciernen sobre su cabeza.

—¿Qué tempestades? preguntó M. Levrault sorprendido.

—¡Cómo! ¿y es V. quien me lo pregunta, caballero? exclamó Jolibois: ¿no está V. viendo, por ventura, el horizonte cargarse de nubes? ¿no siente

temblar la tierra bajo sus piés? La Francia se agita, y el mundo no puede ménos de estar á la expectativa de grandes sucesos.

—¿Está V. loco, maese Jolibois? Jamás ha sido la Francia más feliz, ni ha estado su industria tan floreciente; la clase media se halla entronizada en el poder: ¿qué más pudiera desear?

—¿Y el pueblo? preguntó maese Jolibois cruzándose lentamente de brazos; ¿se ha olvidado V. del pueblo, por ventura?

—¡ El pueblo! repitió asombrado M. Levrault; ¿pues qué le falta? ¿No he sabido yo labrarme una fortuna de doce millones?... ¿quién le impide hacer otro tanto?

—Repito á V., añadió Jolibois, que se preparan grandes acontecimientos. El pueblo anda actualmente á los alcances de la clase media, como la clase media iba en otro tiempo á los de la aristocracia. Aquella mató á la aristocracia: el pueblo matará á la clase media.

—¡Bah! exclamó M. Levrault, mi periódico no me dice de eso ni una palabra.

—El pueblo es grande, es magnánimo, prosiguió Jolibois con sentencioso tono; pero también es terrible. Yo no quiero ocultar á V. que el día en que pida cuentas á la clase media, no dejará esta de pasar un mal rato. Los millones serán entonces una carga muy pesada, y conozco más de un banquero

que se dará por muy contento con salvar su cabeza.

—¿Habla V. formalmente, Jolibois?

—¡Ay! con toda formalidad: siempre que pienso en ello me acuerdo sin poderlo remediar de V. y de su amable hija. Sé perfectamente que V. no ha hecho nada para atraer sobre sí las maldiciones del pueblo, cuyas necesidades se ha apresurado á socorrer en todas épocas, y á cuyas miserias ha procurado dar cuantos consuelos estaban en su mano. V. está muy lejos de formar parte de esos ricos egoistas y despiadados que declaran y sostienen, despues de haber comido opíparamente, la imposibilidad de que nadie se muera de hambre; pero demasiado conoce V. que en las tempestades revolucionarias suelen pagar con frecuencia los inocentes por los culpables. Y si estas sobrevienen, ¿qué será de V., justo cielo? Escuso decir que yo velaré por V. y por su hija tanto como me sea posible, y que apaciguaré al leon desencadenado, en tales términos, que le obligaré á que venga arrastrándose á lamerle los piés, porque el pueblo me conoce y me ama; ¿pero quién puede prever dónde nos hallaremos unos y otros cuando tal suceda? ¿me será dado llegar oportunamente para que mi pecho sirva á Vds. de escudo, y para libertarlos del peligro arrancándolos de él en mis brazos? Créame V., amigo mio; no cuente tan solo con maese Jolibois para

ocasion tan terrible, y en vez de procurar la alianza con un hidalgo, que serviria únicamente para designarlo á V. mejor á la venganza popular, dé V. su hija á un republicano de crédito, que pueda proteger á la vez sus vidas y su fortuna.

Al oir la idea de que casara su hija con un republicano, M. Levrault soltó tan estrepitosa carcajada, que tuvo que llevarse la mano á los hijares.

Pero ¿está V. en su juicio, mi querido Jolibois? exclamó despues de su acceso de risa; el pueblo está demasiado contento para soñar siquiera en revoluciones. No puedo negar que me sorprende mucho el que un mozo del talento de V. tenga en política ideas tan chavacanas; aconséjole por lo tanto que se suscriba á mi periódico.

Jolibois volvió otras dos ó tres al asalto, aunque inútilmente. M. Levrault, ó no comprendia ó no queria comprender nada; todas las insinuaciones del honrado republicano, se aplastaban contra la inteligencia del ex-mercader, como las balas en la piel del elefante. El aprendiz de escribano tuvo, por ende, que retirarse con el corazon henchido de rabia y de desconsuelo.

En el recodo de la senda, y como á dos tiros de fusil de la verja, Jolibois encontró al vizconde de Montflanquin, el cual se habia retardado con el objeto de ir haciendo acopio en el camino de algunas frases que habia encontrado entre las cenizas de

su juventud y con cuyo auxilio contaba reducir el corazón recalcitrante de la señorita Levrault. Seguro del efecto que necesariamente habían de producir aquellas, había acelerado el paso, cuando le salió al encuentro maese Jolibois.

—¿Qué tal, amigo mio? preguntó á éste con ansiedad.

—¡Ya puede V. mandar tocar trompetas y clarines! exclamó el notario, blandiendo el látigo con ademán triunfante. ¡Ya pueden acudir á vuestra voz todos los peones albañiles de Bretaña! ¡Levántense de entre sus ruinas las humilladas torres del castillo de los Montflanquin! ¡Levántense hasta las piedras al sonido de los escudos del gran fabricante, como se elevaron en otro tiempo los muros de Tebas al dulce y sonoro eco de la lira de Amfion! ¡Restablézcanse por todas partes las armas y blasones de vuestra familia! ¡Encarámese Galaor á las almenas de vuestro castillo, y desplegue en ellas la bandera de los Montflanquin! ¡Estremézcanse de gozo dentro de sus sudarios los Baudouin y los Lusignan! ¡A V., señor vizconde, le está reservado el sobrepujar sus glorias! ¡No tiene más que presentarse en la Trelade, y los millones de M. Levrault estarán á las órdenes de V.!

—Diga V. más bien á las nuestras, ¡mi querido Jolibois! exclamó Montflanquin en un raptó de entusiasmo y de gratitud que no fué dueño de reprimir.

mir. Sí, para nosotros son los millones, y esa endemoniada marquesa se morderá las uñas de rabia. Pero cuénteme V. los pormenores de la entrevista, Jolibois: ¿ha encontrado V. resistencia?

—Debo confesar á V.: señor vizconde, que sus acciones se hallaban en una baja considerable á mi llegada. No es esto decir, sin embargo, que dudasen de la lealtad de V.; semejante duda la tengo por imposible, pero vacilaban al ménos; mas al escucharme á mí, todo cambió de aspecto. Los de Rochelandier quedan á cien piés bajo tierra, y V., mucho más alto de lo que lo ha estado nunca. Sin vanidad, señor vizconde, en esta ocasion creo poder lisonjearme de haberle hecho á V. un buen servicio, y de haberle preparado perfectamente el terreno.

—Generoso Jolibois; noble amigo mio, ¡jamás olvidaré que V. ha sido mi verdadero salvador! exclamó Gaspar, buscando honrosos pretextos para frustrar las esperanzas de todos sus acreedores; al fin voy á poder satisfacer á V. cuanto soy en deberle.

—¡Oh! ¡señor vizconde! exclamó á su vez Jolibois; otras atenciones más serias y más importantes deben ocuparle á V. en este momento: el crédito que yo tengo contra su casa es lo de ménos: cancele V. antes lo que debe á la memoria de sus antepasados, prosiguió magnánimamente el apren-

diz de escribano, pensando interiormente si seria ya hora de vengarse de todas las decepciones de Gaspar.

—¡Diantre! ¿con que es decir, preguntó el vizconde, cuyos verdes ojos brillaban á la luz del sol como dos esmeraldas, que podemos contar ya de seguro con los corderos de M. Levrault? ¿No se nos escapan ya, mi querido Jolibois? ¿se hallan efectivamente en nuestro poder?

—Tan en poder nuestro, señor vizconde, como si tuviera V. ya en el bolsillo el millon y ochocientos mil francos de dote que dá el gran fabricante á su hija.

—¡Un millon y ochocientos mil francos! repitió Gaspar, como si viera el cielo abierto.

—Justos y cabales: item más, cien mil libras que le asignan á V. para los gastos de instalacion. El dia que el contrato se firme tomará V. posesion de tan bonita dote; segun tengo entendido, el papá suegro piensa además en que el matrimonio viva en su compañía.

—¡Pobre M. Levrault! ¿no le parece á V. que hablamos anoche de él con alguna ligereza? Asegúrole á V. maese Jolibois, que lejos de abochornarme por tener semejante suegro, cuando abra mis salones, diga lo que quiera el mundo, en ellos verá al padre de Laura.

—Vamos, vamos, señor vizconde, repuso Joli-

bois alegremente; al fin consiguió V. su objeto: los malos dias pasaron ya. Su estrella, libre de las nubes que empañaban su brillo, empieza á lucir clara y refulgente. En lo sucesivo ya podrá emprender esa vida de lujo y de boato que tan en armonía está con sus gustos, sus instintos y su elevada alcurnia, ¡un dominio señorial en Bretaña! ¡un palacio en París! ¡Caballos, palco en la ópera....!

—¡Ay! Tiene V. razon, repuso Montflanquin con aire resignado: en la estacion del calor viajaré, é iré á los baños de Baden, de Homburgo.....

—Para mí será siempre una grande satisfaccion creerlo así, haber contribuido algun tanto á la realizacion de sus ensueños y de sus planes. Mis hijos, si llego á tenerlos, sabrán algun dia que su padre hizo cuanto pudo por restaurar el esplendor de vuestra casa, y por vengar al actual jefe de aquellos ultrajes de la suerte. Aun cuando solamente les dejase esta hermosa página de la historia de mi vida, no tendrán derecho ciertamente para decir que no han recibido herencia alguna.

—Espero, mi querido maese Jolibois, que dejará V. verse de vez en cuando, así en mi palacio de París, como en mis posesiones.

—¡Tanta bondad, señor vizconde!.... Pero..... permítame V. que le advierta que está perdiendo

un tiempo precioso. M. Levrault debe hallarse impaciente por abrirle sus brazos, y por darle el dulce nombre de hijo, que es como suele llamar á V. de algun tiempo á esta parte. Para el ex-mercader no es V. un yerno, sino un hijo predilecto.

—¡Bien se lo decia yo á V., Jolibois! ¡mi suegro es el mejor de los hombres! exclamó Gaspar con el acento de la más profunda gratitud. No negaré, sin embargo, que tiene sus extravagancias!.... pero en recompensa, ¡qué alma la suya! ¡qué corazon!....

—Un corazon de oro, señor vizconde.—De consiguiente apresúrese V. á ir á la Trelade; corra usted, pues, á donde le aguarda la opulencia, y no olvide V. que tiene que representar á los piés de la chica!....

—¡De la chica!—Llámela V. la señorita Levrault, mi querido Jolibois.

—Eso quise decir.—No olvide V., repito que tiene que representar á los piés de la señorita Levrault la escena de que hablamos ayer. Procure V., señor vizconde, estar elocuente, irresistible. La señorita Laura aspira á la gloria de inspirar una pasion violenta, y no debe V. negarle tan inocente satisfaccion. Paréceme á mí que si París valia bien una misa en tiempo del rey Enrique, un millon y ochocientos mil francos de dote, ya valdrán en nuestros dias una declaracion de amor.

—Gracias por sus buenos consejos, maese Jolibois, repuso el vizconde, sintiendo que su dignidad se iba levantando á la par que su fortuna: mil gracias, amigo mio, y no dude V. que me será fácil seguirlos fielmente. El papel que V. me ha designado no lo considero superior á mis fuerzas. Si es preciso que yo esté cerca de la señorita Levrault elocuente é irresistible, lo estaré sin necesidad de hacer grandes esfuerzos, y sin contraer por ello mérito alguno. Todavía no se ha extinguido en mí, á Dios gracias, el gérmen del amor, ni hallo tampoco extraño y sorprendente el que una jóven tan linda como la señorita Levrault tenga pretensiones de ser querida únicamente por su gracia y por sus hermosos ojos. Con que..... pasarlo bien, mi querido Jolibois, añadió Montflanquin alargándole las puntas de los dedos: no olvidaré en mi vida lo que ha hecho V. por el lustre de mi casa.

Y así diciendo, y dominando á duras penas la emocion que le impelia á brincar de gozo como un gamo, prosiguió gravemente su camino. Si nuestro amigo Gaspar hubiese vuelto por un instante la cabeza, y hubieran tropezado sus ojos en aquel momento con la mirada que lanzaba sobre él maese Jolibois, que permanecia inmóvil en el mismo sitio, á buen seguro que sus piernas habrian empezado á temblar.